



VI Domingo de Pascua

(ciclo A)

10 de mayo de 2026

1. Notas exegéticas

Lectura del libro de los Hechos de los apóstoles 8, 5-8.14-17

Les imponían las manos y recibían el Espíritu Santo

Como consecuencia de la persecución a los cristianos desatada en Jerusalén (*Hech 8, 1*) Felipe, uno de los siete diáconos, llega a Samaría, la ciudad pagana (cf. *Lc 9, 52-55*), la respuesta de adhesión al Evangelio por parte de los samaritanos es unánime al oír la predicación y ver las acciones de Felipe. La anotación en el v. 8 quizá esté preparando la intervención de los apóstoles con una referencia a la parábola de los terrenos (cf. *Lc 8, 13*: «Los del terreno pedregoso son los que, al oír, reciben la palabra con alegría, pero no tienen raíz»).

La comunidad cristiana de Jerusalén queda impactada por la respuesta de los samaritanos, ellos ‘habían recibido’ la palabra, el texto griego lo expresa con el verbo *déchomai* (acoger) conjugado en indicativo perfecto, que expresa una acción concluida. La comunidad madre de Jerusalén envía a Pedro y Juan, aquellos a quien Jesús envió a hacer los preparativos para la cena pascual (*Lc 22, 8*), los mismos mencionados en la liberación del tullido en la puerta del templo (*Hech 3, 1.4*). La





Plan de Predicación

redacción asume que los apóstoles no perciben en los nuevos cristianos de Samaría signos palpables de la acción del Espíritu Santo y por ello Pedro y Juan oran e imponen las manos para que descienda el Espíritu Santo sobre los neófitos.

Mediante dos exclusiones el texto ofrece una aclaración, primero dice que ‘aún no había bajado’ sobre ellos el Espíritu y luego afirma que ‘estaban solo bautizados en el nombre del Señor Jesús’. Es claro que en verdad están bautizados, pero no ha ocurrido lo que se esperaba, la irrupción del Espíritu como en la casa del centurión Cornelio (*Hech 10, 44*), pues solamente estaban bautizados en el nombre del Señor; habían quedado bautizados únicamente sin producirse el fruto normal del bautismo, los efectos perceptibles de la acción del Espíritu en las personas.

Salmo 65

Aclama al Señor, tierra entera

Es un salmo que se puede dividir en dos partes, la primera es una alabanza, expresada en plural, la segunda es la acción de gracias de un individuo. El motivo expuesto para la alabanza son las ‘temibles obras’ que llevan a la comunidad orante verse liberada de los enemigos; en la tercera estrofa que propone el leccionario de la misa se anuncian estas obras: Dios «transformó el mar en tierra firme, a pie atravesaron el río», esto es el arco que comprende la época del desierto desde el paso del mar Rojo hasta la travesía del Jordán. La segunda parte –cuarta estrofa que propone el leccionario– expone la acción de gracias de un individuo a quien Dios le atendió su petición.

La primera estrofa es el introito, aquí se presenta una invitación universal a la alabanza, el adjetivo ‘temible’ hay que comprenderlo desde la categoría sapiencial ‘temor de Dios’, eso es, el estremecimiento del ser humano delante de la presencia de Dios. En esta misma línea, la segunda estrofa invita a contemplar las obras de Dios en favor de la humanidad.

La tercera estrofa, evocando las acciones salvíficas de Dios en la historia de Israel, invita a una actitud cultural, si bien se refieren acontecimientos del pasado el salmo manifiesta las consecuencias de esos actos liberadores para el presente: «Alegrémonos en él [Dios]. Con su poder gobierna eternamente; sus ojos vigilan a los pueblos». Desde que Dios intervino en la historia del pueblo de la Alianza es evidente que él es Señor del universo y todas las naciones están en su mente.





Lectura de la primera carta del apóstol san Pedro 3, 15-18:

Muerto en la carne, pero vivificado en el Espíritu

La primera carta del apóstol Pedro que estamos leyendo en estos domingos viene exponiendo la manera como el discípulo de Jesús vive su vocación en el mundo, en una sociedad plural y en medio de personas de diferentes religiones; un ambiente muy parecido al de nuestros días. En los versículos que escuchamos en la segunda lectura de hoy el texto principia juntando la experiencia personal de la fe con la manera de estar en medio del mundo.

Interiormente el cristiano está convencido, por la fe, del señorío de Cristo; en el ambiente esta certeza de la fe se exterioriza como esperanza. Es decir, el cristiano, por la fe, es consciente de que el señorío de Cristo ha comenzado y avanza hacia la plenitud. El texto llama la atención sobre la manera de este testimonio: sin imposiciones, sin descalificar, respetando las diferencias. Concluye la segunda lectura volviendo sobre el ejemplo de la pasión de Cristo y el alcance universal de la salvación.

Lectura del santo evangelio según san Juan 14, 15-21

Le pediré al Padre que les dé otro Paráclito

Estos versículos hacen parte del discurso de despedida de Jesús, en su conjunto están marcados por una doble mención del amor del discípulo a Jesús; el amor a Jesús lleva al discípulo a creer en él y la fe en Jesús activa una acción del Padre hacia el discípulo; de aquí que en el texto propuesto por el leccionario se diferencian dos partes, cada una de ellas exponiendo la consecuencia de la fe en Cristo: el envío del Paráclito, en la primera parte, y el amor del Padre al creyente, en la segunda.

En la primera ocasión la constancia en el amor y la fe en Cristo obtiene como consecuencia que el Padre envía 'otro Paráclito' que permanecerá para siempre con los discípulos. El sustantivo paráclito en griego agrega el adverbio para (junto a...) al verbo kaleo (llamar), de modo que literalmente paráclito se puede entender como





Plan de Predicación

‘llamado al lado de uno’; algunos traductores transcriben la voz griega (es el caso del leccionario de la misa), otros traducen ‘abogado’ (según el latín ad-vocatus) o ‘consolador’ (que puede ser otro sentido del verbo parakaleo). Estas diferentes versiones muestran la dificultad para la comprensión del Paráclito. De otra parte, el adjetivo ‘otro’ –otro Paráclito– se suele explicar a partir de la indicación de 1Jn 2, 1: si alguno peca, tenemos un Paráclito ante el Padre, Jesucristo.

En la primera parte del texto de este domingo Jesús hace tres revelaciones sobre el Paráclito: en primer lugar, el Paráclito permanece siempre con los discípulos; segundo, mientras que Jesús regresa al Padre el Paráclito actúa en la tierra, en la historia de los discípulos, pues quien no cree en Jesús no puede recibirlo; en tercer lugar, el Paráclito es el Espíritu de la verdad, ya en el mismo discurso de despedida Jesús ha dicho que él es la verdad (Jn 14, 5).

En la segunda mención del amor del discípulo a Jesús se propone el tema de la inhabitación. Partiendo del sentido de creer como acoger en sentido pleno la palabra, el texto permite comprender que la fe suprime la distancia entre el Padre y los discípulos, pues acoger la revelación de Dios en Jesús trae como fruto ser amado por el Padre. En esta segunda presentación del amor a Jesús el texto se expresa en tercera persona –el que acepta mis mandamientos– con lo cual se entiende que todos los hombres están llamados a participar de la comunión con Jesús y por él con el Padre.





II. Pistas homiléticas

Hecho de vida. Estamos terminando el tiempo pascual, desde el domingo anterior se viene leyendo en el evangelio de la misa el discurso de despedida de Jesús. En este discurso sobresalen dos temas: la memoria y el futuro: ante la proximidad de su partida Jesús recuerda la formación de los discípulos durante el tiempo de convivencia y anuncia cómo continuará la vida del discípulo y de la comunidad.

Desarrollo. El evangelio del domingo anterior terminaba diciendo que el discípulo de Jesús, por acogerlo a él, hará en el mundo las obras que realizaba el Maestro; en los versículos que leemos hoy, Jesús pasa a hablar de la comunión de los discípulos con él una vez regrese al Padre.

El texto está enmarcado por dos frases similares que concretizan y señalan el amor del discípulo a Jesús como la orientación de la vida según el Evangelio: «El que acepta mis mandamientos y los guarda, ese me ama».

En medio de este marco se contienen dos revelaciones de cara a la existencia de los discípulos después de la partida de Jesús; la primera es la promesa del Paráclito, la segunda la comunión de Jesús con el discípulo.

Referente a la promesa del Paráclito, Jesús afirma que al regresar al Padre, le dirá que envíe otro Paráclito a los discípulos. El término 'paráclito' (en griego, la preposición 'para', = junto a...; y el verbo 'kaléo' = llamar) es explicado en el mismo texto, el Paráclito es enviado por el Padre 'para que esté siempre con ustedes'. Mientras que Jesús regresa al Padre el 'otro' Paráclito 'estará siempre' con los discípulos.

El Paráclito es el «Espíritu de la verdad». En el evangelio según san Juan, la verdad es la revelación que hace Jesús; la verdad son las palabras de Jesús, su Evangelio que hace libre al ser humano (cf. Jn 8, 31-32). De ahí que el Espíritu solo puede ser recibido por quien es discípulo de Jesús, es decir, por quien, movido por el amor a Jesús, ha decidido orientar su existencia según el Evangelio. Quienes viven según los criterios del mundo no pueden recibirlo porque, al igual que la revelación de Jesús, el Espíritu es don del Padre.

La segunda revelación enmarcada por el amor como obediencia en la fe consiste en la venida del Hijo y la comunión profunda con el discípulo. Jesús se refiere a su retorno





Plan de Predicación

con una frase muy recurrente en los profetas del Antiguo Testamento cuando hablan del juicio; pensamos que en este discurso de despedida la venida de Jesús es un acontecimiento que comenzó a ser realidad a partir de su resurrección, de modo que el fruto de la Pascua es la presencia de Jesús en quien lo acoge por la fe, en quien le presta la obediencia de la fe al Evangelio.

Paso al rito. Quien ama a Jesús, orienta su existencia según el Evangelio, es decir, se hace discípulo suyo, y este discípulo, por la obediencia al Evangelio, está unido a Jesús y, por él, al Padre: «El que me ama será amado por mi Padre, y yo también lo amaré y me manifestaré a él». Esto se realiza de modo sacramental en la Eucaristía.





III. Subsidio litúrgico

Monición de entrada

Hermanos. Entramos en las dos últimas semanas del tiempo pascual, la liturgia de la Iglesia nos va presentando la despedida de Jesús y la promesa de que estará siempre con nosotros; acogamos esta presencia en su palabra y en su Eucaristía. Bienvenidos.

Monición a las lecturas

Acabamos de pedir al Padre del cielo que nos conceda continuar celebrando con fervor sincero estos días de alegría en honor del Señor resucitado; en los textos de la sagrada Escritura que oiremos se nos dice cómo percibir la presencia del Señor entre nosotros. Escuchemos con atención.





Oración de fieles

Presidente: Unidos a Cristo, que intercede siempre por nosotros, elevemos hermanos, nuestras súplicas al Padre.

R/. Padre amoroso, escucha nuestra oración.

1. Oremos por la Iglesia: que cada uno de los bautizados seamos conscientes de la gracia recibida en los sacramentos y que nos sostiene en nuestra vocación de configurarnos con el Señor Jesús.
2. Oremos por los pastores del pueblo de Dios, el Santo Padre, nuestros obispos, los presbíteros y diáconos: que el don del Espíritu Santo los impulse a anunciar con valentía la palabra de Dios y santificar a los creyentes con la gracia de los sacramentos.
3. Oremos por los alejados, por los indiferentes, por quienes han dejado enfriar en ellos el don de la fe: que el Padre del cielo realice en ellos su obra de llevarlos a conocer, amar y seguir a Cristo.
4. Oremos por quienes nos hemos reunido para acoger la palabra y el Cuerpo de Cristo: que el Señor robustezca nuestra fe en Cristo y nos haga prestos para dar testimonio de esperanza en nuestros ambientes.

Presidente: Dios, Padre santo, que nos has redimido en Cristo, muerto por nuestros pecados y resucitado para nuestra justificación, escucha nuestra oración e infúndenos tu Espíritu de la verdad, para que, llenos de su sabiduría, sepamos siempre dar razón de nuestra esperanza. Por Jesucristo, nuestro Señor.





VI Domingo de Pascua

Ciclo A
10 de mayo

I. Claves de reflexión

Acompañar

En el Evangelio, Jesús les habla a sus discípulos con mucho amor y les dice: “*Si me aman, cumplirán mis mandamientos.*” Esto significa que amar a Jesús no es solo decirlo, sino vivir como Él nos enseña. Luego les hace una promesa muy bonita: *No los dejará solos, sino que les enviará el Espíritu Santo, que estará siempre con ellos.* Jesús quiere que sepamos que nunca estamos solos, Él vive en nosotros y nos acompaña en todo momento. Así, poco a poco, vamos aprendiendo a crecer en la fe y a vivir como verdaderos amigos de Jesús.

Motivar

Niños y niñas, a veces nos cuesta hacer lo correcto, no escuchamos, o no tratamos bien a los demás. Pero Jesús nos invita a amar de verdad, cumpliendo sus enseñanzas. Él nos regala su Espíritu para ayudarnos a hacer el bien, decir la verdad, amar a los demás, y no sentirnos solos.

Retar

Hoy Jesús nos dice: “*Si me amas, cumple mis mandamientos.*”

Pensemos esta semana:

- ¿Cómo demuestro que amo a Jesús?
- ¿Estoy haciendo el bien a los demás?
- ¿Escucho y pongo en práctica lo que Jesús me enseña?
- ¿Qué puedo hacer cada día para cultivar mi fe?

Completa esta frase: “*Amo a Jesús cuando...*”

Por ejemplo: obedezco, ayudo en casa, trato bien a los demás, comparto, digo la verdad, oro, hago el bien





II. Subsidio litúrgico

Monición de entrada

Queridos niños y niñas, seguimos celebrando con alegría la Pascua: ¡Jesús está vivo!

Hoy nos reunimos como comunidad, como Pueblo de Dios, para celebrar que Jesús nos ama y siempre está con nosotros. Él no nos deja solos, nos acompaña y nos regala su Espíritu. Aunque a veces tengamos miedo o no sepamos qué hacer, Jesús nos guía con su amor. Este también es un momento especial para cultivar nuestra fe, es decir, para hacer crecer nuestro amor por Jesús y aprender a vivir como Él nos enseña. Abramos el corazón para recibir su presencia.

Monición a las lecturas

Queridos niños y niñas, seguimos celebrando con alegría la Pascua: ¡Jesús está vivo! Hoy nos reunimos como comunidad, como Pueblo de Dios, para celebrar que Él nos ama, nos acompaña y nos regala su Espíritu, que nos guía siempre. Aunque a veces tengamos miedo o no sepamos qué hacer, Jesús nunca nos deja solos; por eso, este es un momento especial para cultivar nuestra fe, haciendo crecer nuestro amor por Él y aprendiendo a vivir como nos enseña. Abramos el corazón para recibir su presencia.





Oración de los fieles

Presidente: oremos al Padre bueno, que siempre está con nosotros y nos llena de su Espíritu, todos respondemos:

R./ Padre bueno, escúchanos.

1. Por la Iglesia, para que anuncie a Jesús con alegría y sea signo de esperanza para todos, oremos al Señor.
2. Por los gobernantes, para que trabajen por la paz y el bienestar de todos, oremos al Señor.
3. Por las personas que se sienten solas o tristes, para que experimenten el amor de Jesús, oremos al Señor.
4. Por nosotros, para que aprendamos a amar a Jesús, a cumplir sus enseñanzas y a cultivar nuestra fe cada día, oremos al Señor.

Presidente: Padre bueno, escucha nuestras oraciones. Ayúdanos a vivir en tu amor, a seguir a Jesús y a dejarnos guiar por tu Espíritu, creciendo cada día en la fe. Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

